



MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

CONVENIO UNIVERSIDAD DE MANIZALES Y CINDE

ARTÍCULO INDIVIDUAL

La Empatía: una asignatura pendiente en la escuela

INVESTIGACIÓN

Estudio de la empatía, el apego y la prosocialidad entre escolares del grado 6° de la Institución Educativa Concejo Municipal de Itagüí

Diana Isabel Toro Henao

ASESOR/A:

PhD Gloria Cecilia Henao López

SABANETA

2016

Resumen

El presente artículo, abordará el tema de la empatía en el contexto educativo desde una mirada multidimensional, abordando los componentes cognitivos y afectivos de la misma y su relación con el sexo, la edad, la agresión y la prosocialidad; se evidencia que el componente afectivo de la empatía es mayor que el componente cognitivo durante la infancia y la adolescencia en ambos sexos, que las mujeres son más empáticas y prosociales que los hombres y que éstos a su vez, tienen menos actitudes empáticas y más comportamientos agresivos; se concluye que, para fomentar la empatía desde el ámbito familiar es necesario implementar unas pautas de crianza más homogéneas y equitativas entre hombres y mujeres y desde el ámbito escolar, es pertinente desarrollar la empatía desde la educación infantil, haciendo especial énfasis en el componente cognitivo, como una estrategia adecuada para la prevención de la agresión y el desarrollo y fortalecimiento de las conductas prosociales.

Palabras claves: empatía, sexo, edad, educación, agresión, prosocialidad.

Abstract

This article will take the topic of empathy in the educational context from a multidimensional look, taking the cognitive and affective components of the same and its relation with sex, age, aggression and prosocial behaviors; it is evident that the affective component of empathy is greater than the cognitive component during childhood and adolescence in both sexes, women are more empathic and prosocial than men and they in turn have less attitudes empathetic and behaviors aggressive; It concludes that, to encourage empathy from the family is necessary to implement a pattern of more uniform and equitable between men and women upbringing and the school context, it is pertinent develop empathy from early childhood education, with special

emphasis on the cognitive component as an appropriate strategy for the prevention of aggression and the development and strengthening of prosocial behaviors.

Key words: empathy, sex, age, education, aggression, prosocial.

Introducción

Hablar de empatía es hablar de sentimientos y emociones; también es hablar de reconocer en el otro a alguien similar a nosotros; este reconocimiento es básico e imprescindible para el ser humano ya que permite la toma de consciencia de sí mismo y de la existencia del otro; nuestra existencia desde el nacimiento hasta la muerte se desarrolla en entornos sociales diversos; comprender las emociones de los demás y actuar en consecuencia de la mejor manera posible, es entonces un requisito necesario tanto para la supervivencia en el medio ambiente como para la adaptación en los contextos relacionales.

La única manera genuina y fecunda de promover el desarrollo personal desde las instituciones educativas pasa por crear un ambiente de cordialidad y confianza que permita al educando sentirse aceptado, valorado y seguro. En toda relación magisterial la empatía asume un rol relevante, por ser dimensión facilitadora de la mejora de la personalidad. Sin sintonización, aceptación, respeto, consideración y cuidado de las personas, la formación queda interrumpida (Pérez, 2011).

En la relación pedagógica que se da entre docentes y estudiantes a través del aprendizaje influyen numerosos y diversos factores emocionales, que se presentan gracias a la interacción constante, la cual no siempre se desarrolla de la manera más armónica, por lo cual se hace



necesario generar ambientes participativos, colaborativos y solidarios que favorezcan dicho proceso, a través de la escucha, la observación y la comprensión de sí mismo y del otro.

Asumir el proceso de enseñanza desde una óptica de relaciones basadas en la empatía trae consigo numerosos cambios; entre ellos la necesidad de autoevaluar las prácticas docentes y comenzar a investigar desde las propias acciones pedagógicas, escuchar al educando, sus deseos, intereses, necesidades; experimentar otras didácticas y especialmente tener el deseo y la valentía de salir de los lugares comunes y los espacios reales e imaginados que durante algún tiempo han dado abrigo a la indiferencia y a la comodidad.

La auténtica pedagogía de todo tiempo y lugar muestra su compromiso con la mejora de la vida humana. Sus desvelos acrecentadores brotan de un saludable optimismo, de una necesaria confianza en las posibilidades de desarrollo. La persona no es perfecta, pero sí es perfectible. La articulación de ciencia y ética ofrece una plataforma robusta a toda teoría educativa. Sin el concurso de elementos racionales y axiológicos el discurso pedagógico se rebaja hasta extinguirse y, por supuesto, no podrá favorecer el despliegue personal (Pérez, 2011).

Todo ambiente educativo debe propender por la formación integral del ser humano en todas sus dimensiones: intelectual, moral, afectiva, estética, técnica, física, social y espiritual. Para esta gran tarea es necesario el concurso del conocimiento teórico, la reflexión constante, y la implementación de prácticas educativas que logren transformar el tipo de relaciones que en él se establecen, y la empatía juega un papel fundamental en la construcción y mantenimiento de dichas relaciones.

Cognición y emoción en el comportamiento empático.

Actualmente existe un consenso en abordar la empatía desde una perspectiva multidimensional; es decir, se la concibe tanto desde sus componentes afectivos como cognitivos, ya que en la acción empática están interrelacionados, aunque presentan diferencias en su desarrollo, sus funciones y sus bases anatómicas.

Filipetti, López y Richaud afirmaron que “la capacidad para empatizar dependería de procesos afectivos y cognitivos y de circuitos neuronales en común, pero también específicos que se activarían conjuntamente (...), pero podrían actuar disociados o por separado” (Filipetti, López y Richaud, 2012, p. 78). Lo anterior implica que las respuestas empáticas se pueden presentar de distinta manera según se activen o no los distintos componentes; es decir, podrían manifestarse comportamientos que evidenciaran lo afectivo sin lo cognitivo, lo cognitivo sin lo afectivo, un desequilibrio entre ambos o una adecuada interacción entre ellos.

Este vínculo entre los estados emocionales y los procesos cognitivos ha sido estudiado por Moya, Herrero y Bernal (2010), quienes hicieron referencia a estudios realizados en los que participantes de ambos sexos que padecían de estrés postraumático realizaron lecturas de historias, luego de las cuales debían emitir juicios sobre las intenciones de los otros, evocar empatía y realizar juicios de perdón; posterior a esto, participaron en una terapia cognitivo-conductual, después la cual se observó una activación de ciertas estructuras cerebrales implicadas en la empatía y además, una disminución de los síntomas patológicos presentados inicialmente.

Estos resultados evidenciaron la relación entre la cognición y las emociones y los grandes cambios que se pueden dar a nivel conductual gracias a la realización de tareas empáticas, las cuales pueden contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de las personas, de su entorno, y de las relaciones interpersonales que establezca.

Además de tener en cuenta los factores cognitivos y afectivos de la empatía, hay autores que propusieron sumar otros componentes al estudio de la misma; Fernández, López y Márquez presentaron una nueva propuesta que pretende integrar a los componentes afectivos y cognitivos, elementos tales como las características personales, el estado emocional y la situación específica que se esté presentando, ya que “Sólo es posible hablar de empatía si se dan los procesos cognitivos, con o sin su correlato afectivo” (Fernández, López y Márquez, 2008, p. 294). Con base en lo anterior, los autores afirmaron que se presentan tres procesos durante la respuesta empática: empatía cognitiva, contagio emocional y empatía cognitivo-afectiva. Esta propuesta de estudio de la empatía tiene en cuenta además la disposición personal; es decir, contempla como un factor adicional la actitud que asume el individuo frente a una situación particular, ya que la empatía no sólo depende de las situaciones concretas sino también de las tendencias de cada persona, de su resonancia individual y de su personalidad.

La empatía no se desarrolla de igual manera en los hombres y las mujeres y tampoco en los diferentes ciclos vitales; es por esto, que los investigadores se han dado a la tarea de estudiar las actitudes empáticas en ambos sexos y en diferentes edades

La empatía y su desarrollo según el sexo y la edad.

Diversos autores coinciden en encontrar diferencias significativas entre hombres y mujeres frente al tema de la empatía. Con relación al sexo y la empatía Pastor (2004) encontró que tanto hombres como mujeres obtuvieron puntajes similares en toma de perspectiva, y que las mujeres alcanzaron mayores resultados en fantasía, preocupación empática y malestar personal.

Esto quiere decir, que aunque los resultados fueron similares en uno de los componentes de la dimensión cognitiva, como procurar ver las cosas desde el punto de vista del otro, son las mujeres quienes presentan mayores niveles de empatía, específicamente en los componentes afectivos o emocionales de la misma. En cuanto a la edad y la empatía, el autor encontró que la edad afecta significativamente la empatía en los aspectos anteriormente señalados excepto en malestar personal; esto quiere decir, que conforme avanzan en edad, los adolescentes no expresan ansiedad ni malestar cuando observan a otras personas en situaciones desagradables, lo cual no implica necesariamente que disminuyan las conductas de ayuda, si no que las respuestas empáticas ya no estarían destinadas a aliviar su propia incomodidad personal, sino a buscar el alivio o bienestar del otro.

En relación a la empatía y las conductas de ayuda Sánchez, Oliva y Parra (2006), encontraron que la empatía aumenta con la edad durante la adolescencia pero sólo en las mujeres; en cuanto a la prosocialidad, encontraron que es un comportamiento estable en ellas y que en ellos disminuye significativamente con la edad; es decir, que en términos generales las mujeres son más empáticas y prosociales que los hombres. Adicionalmente los autores, encontraron relaciones positivas entre la empatía y las conductas prosociales, entre la empatía y las relaciones familiares y entre la empatía y las relaciones entre pares; esto nos señala la importancia de

fomentar entre los miembros de la familia unas relaciones afectuosas, con pocos conflictos y con una comunicación asertiva y la importancia de reconocer que las buenas relaciones de los adolescentes con sus amigos, contribuyen igualmente al mejoramiento de sus habilidades empáticas en general.

Estas habilidades se ponen a prueba permanentemente sobre todo en situaciones de conflicto, las cuales se presentan de manera cotidiana en la interacción social. Garaigordobil y Maganto (2011) encontraron en su investigación sobre empatía y resolución de conflictos que las mujeres tienen puntuaciones superiores en empatía en todas las edades y que además utilizan más estrategias de resolución de conflictos positivas-cooperativas que los hombres, quienes tienden a ser más agresivos en sus intercambios interpersonales. Lo anterior confirmó las correlaciones positivas entre empatía y resolución de conflictos (de tipo cooperativo) y las correlaciones negativas entre empatía y resolución agresiva, halladas por otros autores.

Escrivá, Navarro y García (2004) también encontraron diferencias significativas entre los sexos; las mujeres obtuvieron mayores puntajes que los hombres en todas las dimensiones de la empatía y además hallaron que los resultados más elevados se presentaron en el componente de preocupación empática; es decir, las mujeres muestran una empatía más emocional y afectiva que los hombres, orientada a la situación particular de los demás. Los autores además encontraron correlaciones positivas entre la empatía, la conducta y el razonamiento prosocial y negativas con la conducta agresiva y la inestabilidad emocional; es decir que en la medida que se presente la empatía también se van a presentar modos de pensar y actuar de manera que la ayuda a los demás se realizará de manera voluntaria, favoreciendo el equilibrio entre los estados emocionales y disminuyendo la aparición de comportamientos violentos.

Estos estudios ponen de relieve la necesidad de diseñar e implementar estrategias que permitan mejorar las habilidades empáticas de niños y jóvenes, como una forma de prevenir y disminuir los conflictos escolares entre pares. Las diferencias tan marcadas en empatía entre hombres y mujeres podrían deberse a las distintas pautas de crianza con las cuales crecen unos y otras; ya que mientras que a los hombres se les enseña a ser competitivos y a ocultar sus emociones, a las mujeres se las anima a compartir y expresar sus sentimientos y a preocuparse por el bienestar de los demás, incluso a costa del suyo propio.

La empatía y su incidencia en las conductas agresivas y en los comportamientos prosociales

Así como la empatía juega un rol importante en el fortalecimiento de las prácticas prosociales, la falta de ésta puede estar relacionada con la aparición de conductas agresivas o violentas.

Cuello (2014), encontró que las niñas puntuaron significativamente más alto que los varones en empatía; es decir, existe una mayor disposición empática en la mujer. Con respecto a la agresividad física y verbal encontró que los hombres obtuvieron puntajes significativamente más elevados que las mujeres, pero que en la medida que aumenta la toma de perspectiva y la preocupación empática en ellos, disminuyen las conductas agresivas directas hacia otros niños. Hernández (2013), en concordancia con todos los resultados previos encontró también que las chicas son más empáticas que los chicos; además que hay una relación negativa entre empatía y acoso escolar; es decir, cuanto menor es la empatía del sujeto, mayor puntúa en acoso y viceversa; esto significa que es más probable que las personas que puntúan bajo en empatía, participen en situaciones de acoso escolar en la posición de agresor, frente a las personas que

puntúan alto; las cuales, tienen menos posibilidades de participar en estas situaciones de acoso escolar; podría decirse entonces, que la empatía es un factor protector frente a la violencia relacional y que la falta de ésta se convierte en un factor de riesgo, especialmente para la violencia física o verbal contra los compañeros.

Ampudia, Manrique, Pomalaya, Reynoso, García, Sotelo y Chcaltana (2011), confirmaron la puntuación más elevada en las mujeres comparadas con los hombres, en todas las escalas de empatía. Con relación al contexto educativo, las diferencias de empatía de acuerdo al grado escolar se presentan en las escalas de la dimensión cognitiva; en las escalas de la dimensión afectiva, no se encontraron diferencias significativas; según los autores, los cambios evolutivos no son relevantes en la dimensión afectiva de la empatía y no acompañan a los cambios cognitivos; esto quiere decir la toma de perspectiva y la capacidad de ponerse en lugar del otro sí dependen del grado escolar; por lo tanto de la edad y, por el contrario, el contagio emocional y el malestar personal, componentes de la empatía afectiva se presentan en todas las edades, sin importar el grado escolar. Lo anterior indica la prevalencia del componente emocional (preocupación empática y malestar personal) sobre el componente cognitivo de la empatía durante diferentes etapas de la vida como la infancia y la adolescencia.

Desarrollar la empatía podría prevenir la agresión y favorecer las prácticas de comportamientos prosociales o socialmente aceptados. Garaigordobil y García (2006), encontraron en una de sus investigaciones mayores puntuaciones de empatía en las mujeres, que las personas con alta empatía presentan muchas conductas prosociales positivas, pocas conductas negativas y rasgos creativos de personalidad y que algunas variables que predicen la empatía están relacionadas con estrategias cognitivas asertivas de interacción social; es por esto que, las

autoras resaltan la necesidad de trabajar tempranamente la empatía en los contextos educativos comenzando desde la educación infantil. En esta misma línea, Mestre, Samper, Tur, Cortés y Nacher (2006), encontraron una correlación significativa y fuerte entre la conducta prosocial y la empatía en los adolescentes. La empatía es el mayor predictor de la conducta prosocial y además tiene una correlación negativa con el pensamiento hedonista y la agresividad física y verbal. Los autores proponen desarrollar la conducta prosocial ya que facilita las relaciones sociales e inhibe las conductas desadaptativas; insisten además, en la necesidad de educar en la empatía y en los estilos de razonar ante problemas sociales para potenciar el desarrollo prosocial de los adolescentes.

Continuando con el tema de la prosocialidad, Urquiza y Casullo (2006), encontraron en la población femenina mayores componentes emocionales en la empatía y mayores conductas de ayuda que en los hombres; sin embargo, que el poder razonar de manera prosocial no asegura o implica siempre que el sujeto se comporte de forma coherente con esa manera de pensar y que la adquisición del razonamiento internalizado permite comprender mejor lo que le está pasando al otro así como sentir compasión y comprensión, pero no garantiza por sí misma conductas prosociales.

Otros estudios de la empatía en ambientes educativos apuntan en la misma dirección; Cardozo, Dubini, Fantino y Ardiles (2011), encontraron diferencias significativas con respecto a las habilidades psicosociales. Son las mujeres quienes presentan mayor empatía, autoconcepto social, conducta sumisa y conducta de ansiedad social-timidez con relación a los hombres. Hallaron además correlaciones positivas entre la consideración por los demás y habilidades interpersonales y de comunicación, y correlaciones negativas entre estas variables con la baja

consideración por los demás; es decir, a menor consideración hacia los compañeros, mayores conductas de retraimiento y de agresión; señalan finalmente como variables predictoras de la empatía: la consideración por los demás, el autoconcepto social y académico y un bajo nivel de conducta agresiva.

Además de las correlaciones de la empatía con las conductas prosociales y la inteligencia emocional, otros investigadores han encontrado asociaciones con elementos importantes de las habilidades sociales. Moreno y Fernández (2011), encontraron que la capacidad empática puede ser un predictor de actitudes como el perdón o el pedido de explicación y que el déficit de empatía se relaciona con actitudes de venganza y de rencor y en menor medida, con la reacción hostil; además encontraron que la empatía tiene un mayor efecto inhibitorio frente a las respuestas más agresivas; lo anterior indica la pertinencia de desarrollar la habilidad empática como un factor protector frente a la conducta agresiva y como promotor de conductas altruistas y prosociales.

La tarea del docente no es únicamente enseñar, también es aprender.

Practicar la empatía como una estrategia permanente en el proceso de enseñanza, favorece el aprendizaje de los estudiantes; por esto es importante que el docente tenga conocimientos sobre la empatía para poner en práctica en la labor pedagógica. En su investigación, Pérez (2011) encontró que los hombres obtuvieron puntuaciones más elevadas en las escalas cognitivas que en las afectivas y que además en éstas últimas, los resultados eran menores que los obtenidos por la mujeres; con base en lo anterior, el autor define el *estilo empático objetivo* como aquel que posee más características de tipo cognitivo o intelectual, el *estilo empático subjetivo* con rasgos más emocionales y afectivos y adicionalmente propone un *estilo empático intersubjetivo*, que se

distingue por un adecuado balance entre los dos componentes de la empatía. Estos hallazgos son de gran importancia para la labor docente, ya que, nos indica que independientemente del sexo del educador, dicho equilibrio entre los dos componentes ayudaría a una mejor aproximación a la realidad percibida por los demás y por consiguiente a la mejora en la relación pedagógica entre el docente y el estudiante.

En esta misma línea, Burgos (2009), basado en su investigación sobre la formación y desarrollo de habilidades de los educadores, propuso tres objetivos para desarrollar la escucha empática en el docente: primero *ofrecer a los educandos un espacio libre de juicios*, segundo *apoyar a los jóvenes a estar en contacto con sus sentimientos* y tercero *favorecer una relación positiva entre el educando y sus sentimientos*. Para el autor, un ambiente adecuado para la práctica de la escucha activa comienza con la actitud del docente en la cual deben primar la aceptación y el respeto por las experiencias vitales de los estudiantes y sus manifestaciones, más aún cuando el estudiante se muestre reacio a expresarse, a participar en actividades con sus compañeros o manifieste emociones negativas. El docente que busca empatizar con sus estudiantes debe plantearse continuamente una serie de interrogantes que le permitirán autoevaluarse y de ser necesario corregir el rumbo en busca de sintonizar con sus estudiantes; *¿qué palabras, posturas y gestos motivan a mis estudiantes?, ¿qué palabras, posturas y gestos los desmotivan?, ¿me comunico asertivamente?, ¿soy consciente del impacto que tienen mis señales no verbales cuando interactúo con ellos?*

Según Morris: “El docente a través de sus palabras, mensajes verbales y no verbales activas las neuronas motoras de los estudiantes continuamente” (Morris, 2014, p.12). Esto quiere decir, que el docente está “enseñando” continuamente ya que, al ponerse en escena en el acto

educativo está comunicando continuamente con todo su ser, con lo que muestra y con lo que oculta, con lo que dice y con lo que calla, con lo que muestra y con lo que oculta; gracias a las neuronas espejo o también llamadas “neuronas de la empatía” se puede predecir el resultado de una acción, incluso antes de que ésta se termine y adicionalmente es posible inferir la intención de las mismas. La autora plantea en su investigación que el estudio de este tema por parte de los docentes y la puesta en práctica de diferentes estrategias empáticas hacia los estudiantes contribuye a validar su implementación en el aula y a reconocer su relevancia en la praxis pedagógica.

Conclusiones

El tema de la empatía continúa más vigente que nunca tanto en el campo de las neurociencias como en el ámbito educativo y es precisamente éste último el que requiere nutrirse de los nuevos descubrimientos hallados en este tema; la empatía es una asignatura pendiente en la escuela ya que ésta se ha enfocado en las últimas décadas al fomento de las destrezas y habilidades técnicas, al igual que al desarrollo de competencias laborales, olvidando su labor formativa en pos del desarrollo integral del individuo y más específicamente de su educación emocional, en la cual la empatía tiene un papel fundamental.

Los resultados de las investigaciones resaltaron la importancia de trabajar la empatía desde tempranas edades, comenzando en el hogar con la implementación de unos estilos de crianza más homogéneos entre los hombres y las mujeres, que permitan el libre desarrollo de las distintas habilidades en unos y otras y sentar las bases para una posterior interacción libre de estigmas sociales.

Según las investigaciones las niñas son más empáticas, prosociales y asertivas y los niños son hedonistas, competitivos y agresivos en la resolución de sus conflictos; la edad juega un papel fundamental en la adquisición de la empatía cognitiva; mientras que la empatía afectiva predomina desde los primeros años de vida y tiende a mantenerse durante los diferentes estadios del ciclo vital. La empatía es un importante predictor de las conductas prosociales, de la inteligencia emocional y de las acciones de perdón; así mismo, es un inhibidor de las conductas agresivas y hostiles; por lo tanto, es un elemento imprescindible en la prevención y atención del acoso o violencia escolar.

La escuela como segundo escenario de socialización, después de la familia, debe propender por el desarrollo de las habilidades empáticas desde la infancia utilizando estrategias para que los estudiantes tengan la posibilidad de ponerse en el lugar del otro, aprender a reconocer las emociones en los demás y a ofrecer ayuda cuando se necesite.

La empatía favorece la aceptación, la comunicación, la escucha activa y la comprensión; es por esto que todo educador debe formarse no sólo en habilidades técnicas y en la adquisición de un gran bagaje teórico, debe propender además, por el desarrollo de sus habilidades y competencias en el orden afectivo, emocional y comunicacional lo cual le permitirá un conocimiento y una comprensión más profunda de sí mismo y de los demás y la posibilidad de generar en cada uno de los encuentros pedagógicos unas prácticas relacionales que trasciendan el currículo academicista.

Algunas de las orientaciones a este respecto para el trabajo en la escuela según Garaigordobil y García (2006) serían: “la presentación de las perspectivas de los sentimientos

ajenos, la utilización del razonamiento como técnica educativa, la explicación de las consecuencias que la propia conducta tendrá para los demás y la exposición a modelos empáticos”. (p.185). Esta propuesta nos lleva a pensar en la posibilidad de hacer de la empatía una habilidad que se pueda desarrollar desde la infancia, con estrategias que permitan al estudiante ponerse en el lugar del otro, entender su forma de pensar y comprender sus estados emocionales.

Otros investigadores han encontrado correlaciones entre la empatía y la inteligencia afectiva de los adolescentes. Corbí, Pérez y Costa (2008), hallaron que la empatía y la inteligencia emocional predicen la inadecuación social y que además hay un posible efecto causal de la empatía sobre la inteligencia emocional. Estos hallazgos son de gran importancia ya que en los contextos escolares se presentan cada vez más dificultades de tipo relacional y emocional, las cuales dificultan que los estudiantes se adapten a la escuela; trabajar permanentemente desde la empatía tendría un gran impacto positivo en el desarrollo de la inteligencia emocional y social y por lo tanto favorecería la adaptación y los aprendizajes de los estudiantes.

Referencias.

- Ampudia, L. G., Manrique, O. O., Pomalaya, R., Reynoso, E. B. Y., García, D. O., Sotelo, L y Chcaltana, H. C. (2011). Intimidación entre iguales (bullying): empatía e inadaptación social en participantes de bullying. *Revista de Investigación en Psicología*, 14(2), 15-28.
- Burgos, A. H. (2009). La importancia de la empatía en el trabajo del educador para unas relaciones saludables. *A tu salud*, (67), 15-19.
- Cardozo, G., Dubini, P., Fantino, I., y Ardiles, R. (2011). Habilidades para la vida en adolescentes: diferencias de género, correlaciones entre habilidades y variables predictoras de la empatía. *Psicología desde el Caribe*, 28, 107-132.
- Corbí, R. G., Pérez, P. M., y Costa, J. L. C. (2008). Inteligencia emocional y empatía: su influencia en la competencia social en Educación Secundaria Obligatoria. *Summa Psicológica UST*, 5(1), 21-32.
- Cuello, M. I. (2014). EMPATÍA Y AGRESIVIDAD FÍSICA Y VERBAL EN LA INFANCIA TARDÍA. In *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Escrivá, V. M., Navarro, M. D. F., y García, P. S. (2004). La medida de la empatía: análisis del Interpersonal Reactivity Index. *Psicothema*, 16(2), 255-260.
- Fernández Pinto, I., López Pérez, B., y Márquez, M. (2008). Empatía: Medidas, teorías y aplicaciones en revisión.
- Filippetti, V. A., López, M. B., y Richaud, M. C. (2012). Aproximación Neuropsicológica al Constructo de Empatía: Aspectos Cognitivos y Neuroanatómicos. *Neuropsychological Approach to the Empathy Construct: Cognitive and Neuroanatomical Aspects. Cuadernos de Neuropsicología/Panamerican Journal of Neuropsychology*, 6(1).
- Garaigordobil, M., y De Galdeano, P. G. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18(2), 180-186.
- Garaigordobil, M., y Maganto, C. (2011). Empatía y resolución de conflictos durante la infancia y la adolescencia: Empathy and conflict resolution during infancy and adolescence. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 43(2), 255-266.
- Hernández, A. N. (2013). La empatía y su relación con el acoso escolar. *Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, 11(22).
- Mestre, M. V., Samper, P., Tur, A. M., Cortés, M. T., y Nácher, M. J. (2006). Conducta prosocial y procesos psicológicos implicados: un estudio longitudinal en la adolescencia. *Revista Mexicana de Psicología*, 23(2), 203-215.
- Moreno, J. E., y Fernández, C. (2011). Empatía y flexibilidad yoica, su relación con la agresividad y la prosocialidad. *Límite: revista de filosofía y psicología*, (23), 41-56.
- Morris, M. (2014). LA NEUROEDUCACIÓN EN EL AULA: NEURONAS ESPEJO Y LA EMPATÍA DOCENTE. *Diciembre Tacna-Perú 2014*, 7.
- Moya-Albiol, L., Herrero, N., y Bernal, M. C. (2010). Bases neuronales de la empatía. *RevNeurol*, 50(2), 89-100.
- Pastor, A. R. (2004). Diferencias en empatía en función de los variables género y edad. *Apuntes de psicología*, 22(3), 323-339.
- Pérez, V. M. O. (2011). La empatía en la educación: Estudio de una muestra de alumnos universitarios. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14(4), 174.



- Pérez, V. M. O. (2011). La mirada a la persona en la educación actual. *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, (17), 127-141.
- Sánchez-Queija, I., Oliva, A., y Parra, Á. (2006). Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 21(3), 259-271.
- Urquiza, V., y Casullo, M. M. (2006). Empatía, razonamiento moral y conducta prosocial en adolescentes. *Anuario de investigaciones*, 13, 297-302.